

Actitudes estadounidenses hacia México

El TLC, inmigración y seguridad

CLYDE WILCOX

En la campaña presidencial de 1996, el ahora excandidato republicano Patrick Buchanan, repetidamente aseveró que la inmigración estaba destruyendo la estructura económica y moral de Estados Unidos, e insinuó que amenazaba además el dominio étnico de la élite blanca. Le aseguró a multitudes jubilosas que construiría una cerca de seguridad a lo largo de la frontera México-Estados Unidos, replicando reiteradamente "Escucha, José, esta vez no entrarás". Los periodistas entrevistaban regularmente en estos discursos a los seguidores de Buchanan que se preocupaban por el "enmorenamiento" de Estados Unidos. Al confirmarse su victoria en las elecciones primarias de New Hampshire en febrero, otros candidatos republicanos comenzaron a tomar posiciones más duras hacia la inmigración.

Buchanan también denunció fuertemente el Tratado de Libre Comercio norteamericano (TLC), como lo han hecho una variedad inusual de figuras políticas tanto de la derecha como de la izquierda. Desde nacionalistas conservadores, hasta líderes sindicales, ambientalistas y defensores del consumidor han criticado el tratado, como lo ha hecho Ross Perot. Aún cuando líderes de ambos partidos inicialmente lo apoyaron, ha surgido una oposición notable entre los republicanos nacionalistas y los demócratas liberales.

Esta combinación de ataques —contra la inmigración y contra el TLC— sugieren la posibilidad de que la opinión pública estadounidense haya tomado una posición más negativa hacia México. Aunque algunos estudios académicos recientes han demostrado que el estadounidense promedio sí se apega a sistemas rudimentarios de creencias sobre asuntos de política exterior, es sin embargo cierto que pocos tienen un conocimiento amplio sobre otros países o sobre política exterior en general. Forman sus opiniones en base a las de la élite y basan sus impresiones de otros países en los reportajes noticiarios, anécdotas y otra información obtenida al azar. El debate sobre inmigración y el TLC bien pudo haberlos llevado a pensar en México como un competidor económico, capaz de atraer empleos manufactureros norteamericanos y llevar a las empresas a trasladarse al sur o bien capaz de crear competencia causada por la inmigración ilegal.

Ciertamente algunos comentaristas interpretaron la popularidad de Buchanan primordialmente como el rechazo al libre comercio y a la inmigración. Sin embargo, esta interpretación es indudablemente incorrecta. Una gran mayoría de los seguidores de Buchanan en casi todas las elecciones primarias categorizaron el aborto como el tema más importante en su decisión electoral. Además, mientras el proceso de elecciones primarias avanzaba hacia los estados del sur, los cuales han experimentado altos niveles de inmigración en los últimos años, a Buchanan le fue progresivamente peor. Por lo tanto, el éxito limitado que tuvo se debió al apoyo que recibió de los conservadores religiosos, no a su retórica de nacionalismo conservador.

De hecho, las encuestas de política exterior más recientes conducidas por el Chicago Council on Foreign Policy en 1994, demuestran que las élites estadounidenses y el

público mantienen en general una cierta simpatía hacia México. Los datos sobre estas actitudes generales hacia México y otros países se muestran en el Cuadro 1.

Cuadro 1. Actitudes de la élite y el público estadounidense hacia México

Actitudes de la élite y el público estadounidense hacia México		
Termómetro de sentimientos hacia México (se excluyen élites)		
	Público	
México		57
Italia		58
Francia		55
Alemania		58
Japón		51
Inglaterra		70
Argentina		47
Canadá		74
Países donde Estados Unidos tiene intereses vitales		
	Elites	Público
México	98	84
Canadá	93	80
Alemania	91	75
Israel	86	75
Arabia Saudita	94	89
Haití	33	61
Egipto	78	56
Países donde Estados Unidos debería conducir actividades de espionaje		
	Elites	Público
México	46	38
Israel	53	47
Japón	52	56
Inglaterra	31	21
Iraq	91	72

Al clasificar a varios países en un modelo de termómetro imaginario de sentimientos, que va desde 0° (muy frío o negativo) hasta los 100° (muy caluroso o positivo), México llegó a los 57°, una clasificación casi idéntica a la de Italia, Alemania, Israel y Francia —otros aliados cercanos cuyo idioma oficial no es el inglés. Más de un tercio clasificó a México arriba de los 60°. Estos datos son casi iguales a los obtenidos en las encuestas de 1990 y 1986, y sólo ligeramente más baja la clasificación de México que en la encuesta de 1982. Por lo tanto, se puede concluir que las actitudes hacia México son generalmente positivas y estables a través de los años.

Esta buena voluntad general se extiende a casi todos los sectores de la sociedad. Existe en todos los niveles de educación e ingresos. A pesar de la retórica de algunos

republicanos conservadores como Jesse Helms, los republicanos y los demócratas, los liberales y los conservadores generalmente sienten simpatía hacia México. El consenso existe en la zona centro de Estados Unidos, en donde el temor a la pérdida de empleos es significativo, y en los estados que comparten frontera con México. Existe entre quienes siguen cercanamente los asuntos de política exterior y quienes no lo hacen. De hecho, las únicas variables de perfil que nos ayudan a comprender los sentimientos hacia México son la descendencia étnica (los hispanos son quienes mayor simpatía le tienen a México, los afroamericanos quienes menos) y el sexo (las mujeres tienen menos simpatía hacia México).

Las élites al igual que el público en general fueron casi unánimes al señalar en 1994 que Estados Unidos tiene un interés vital en la continua estabilidad en México; el mismo caso también se observa en encuestas previas. Anteriormente los estadounidenses indicaron la importancia de contar con un gobierno estable (y no comunista) en México.

Dada la historia intervencionista de Estados Unidos en América Latina, el consenso de que México representa un "interés vital" se debe considerar como una bendición a medias. Aún así, en la encuesta de 1994 este consenso no se tradujo en apoyo para interferir en asuntos nacionales mexicanos. En una serie de preguntas que pedían opinión sobre la opción de espionaje estadounidense en varios países aliados y opositores, una mayoría marcada tanto en las élites como en el ciudadano promedio se oponían a llevarlo a cabo contra México —aunque sí existía un apoyo notable hacia el espionaje contra otros aliados, como Japón e Israel.

Aún cuando existe una marcada simpatía hacia México entre las élites y el público en general, también se presenta una preocupación considerable del público sobre la pérdida de empleos estadounidenses y sobre la inmigración. Aquí las actitudes de las élites y del público difieren notablemente, como se muestra en el Cuadro 2. Aunque coinciden en su evaluación del manejo general de política exterior de Clinton y de su trato con Rusia y Japón, el público tiene un marcado escepticismo en cuanto al trato del presidente con América Latina, su manejo del comercio exterior y de la inmigración.

Cuadro 2. Actitudes de la élite y el público estadounidense sobre Comercio internacional, empleos e inmigración

Actitudes de la élite y el público estadounidense sobre comercio internacional, empleos e inmigración		
Clasifican el manejo de Clinton como excelente o bueno:		
	Elites	Público
Política exterior	31	28
Comercio internacional	62	32
América Latina	42	29
Rusia	57	53
Inmigración	53	16
Japón	37	36
La amenaza a Estados Unidos es crítica:		
	Elites	Público
Sistema militar ruso	16	33
Economía japonesa	21	64
China como potencia mundial	47	61
Inmigración	31	74
Economía europea	11	29
Metas de política exterior:		
	Elites	Público
Proteger a las naciones débiles	21	26
Derechos humanos	26	34
Reducir el déficit comercial	49	62
Combatir el hambre	41	55
Proteger los empleos estadounidenses	45	83
Propagar la democracia	21	26
Garantizar las fuentes de energía	67	64
Reducir la inmigración ilegal	28	74
Mejorar el medio ambiente global	49	58
Detener el flujo de drogas a EE.UU.	57	86

Al presentar una lista de peligros potenciales para Estados Unidos, el público estaba generalmente más preocupado que las élites. Pero las diferencias eran particularmente marcadas en cuanto a la inmigración, en donde menos de uno de cada tres de la élite, pero casi tres cuartos del público en general, consideraban que el problema era crítico. Cabe señalar que el público estaba mucho más preocupado por la competencia económica que presentaba Japón de lo que lo estaban las élites estadounidenses. Finalmente, élites y público muestran consenso sobre un buen número de metas de política exterior, pero el público tiende a enfatizar la inmigración, así como la protección de empleos y del medio ambiente, y detener el flujo de drogas ilegales a Estados Unidos.

¿De dónde proviene esta aparente divergencia entre las élites y el público en temas como la inmigración y el comercio internacional cuando existe acuerdo en otros temas? Es evidente que el público le presta mayor atención a los efectos de la política exterior sobre la economía interna que las élites, probablemente por dos motivos. Primero, la mayoría de los estadounidenses le dan muy poca importancia a la política exterior a menos que afecte

sus vidas de alguna manera directa. Por ejemplo, son pocos los que sabían de Saddam Hussein antes de la Guerra del Golfo, y eran aún menos los que podían identificar a Iraq en un mapa del mundo. En el caso de México, son pocos los que saben quién es el presidente o siquiera qué tipo de gobierno tiene, y son todavía menos los que saben cuál es el partido político dominante. Por lo tanto, los asuntos de política exterior que no implican problemas de seguridad internacional son generalmente percibidos por el público en términos del impacto que pueden tener sobre la economía doméstica. Las élites cuentan con mayores fuentes de información sobre asuntos internacionales y frecuentemente consideran sus efectos a largo plazo.

Más precisamente, las élites experimentan mucho menos inseguridad de empleo que el trabajador promedio y puede así ignorar con más facilidad el impacto económico a corto plazo del comercio internacional. En los últimos años, la inseguridad económica se ha profundizado en Estados Unidos, en especial en la clase trabajadora. Casi todos los beneficios económicos adquiridos en años recientes se han limitado a profesionistas e individuos con posgrados, mientras que los salarios de los trabajadores manufactureros y quienes no tienen más allá de un diploma de preparatoria han caído. El pesimismo económico es más importante hoy que en cualquier otro periodo de crecimiento. Esto implica que el TLC toca una serie de temores y preocupaciones que compiten entre los ciudadanos, en conjunto con una actitud generalizada hacia México positiva. Esto no quiere decir que la mayoría de los estadounidenses tienen un interés profundo en el TLC, o ni siquiera que saben mucho sobre él. En la encuesta piloto Estudio de la Elección Nacional Estadunidense (NES) en 1993, cerca del 55% indicó que no tenía suficientes conocimientos sobre el TLC como para formar una opinión. Sin duda algunos de los que expresaron su opinión intentaban aparentar estar bien informados, por lo que es probable que menos de un tercio de todos los estadounidenses tiene un entendimiento básico del tratado, y sólo una pequeñísima minoría sabía algo sobre sus características principales.

Las encuestas del Chicago Council mostraban un apoyo preponderante entre las élites hacia el TLC, y un fuerte apoyo entre el ciudadano promedio que tenía opiniones. Un total del 82% de los miembros de las élites lo apoyaron, como lo hizo el 62% del público en general. La encuesta piloto NES en 1993 encontró que el 55% del público apoyaba el TLC.

En ausencia de conocimientos detallados sobre el tratado, sobre México y Canadá, o sobre comercio internacional, ¿cómo decidió el estadounidense promedio qué posición tomar sobre el asunto? Entran en juego dos factores. Primero, muchos siguen el ejemplo de ciudadanos destacados que apoyaron o se opusieron al tratado. La foto del presidente actual y del anterior apoyando el TLC seguramente influyó en el pensamiento de muchos, así como en el de la oposición compuesta por sindicatos, grupos ambientalistas, grupos de consumidores y nacionalistas conservadores como Buchanan. Segundo, muchos se guían por orientaciones políticas generales para sus actitudes sobre libre comercio, inmigración y a veces el medio ambiente.

Mi análisis estadístico muestra que las actitudes hacia el TLC se pueden explicar bien mediante las orientaciones generales hacia el libre comercio. Aunque pareciera obvio, probablemente captura el proceso por el cual los estadounidenses deciden sus posiciones sobre tratados comerciales: si en general están a favor del libre comercio apoyan el TLC sin explorar más a fondo cuáles son sus detalles.

Otra orientación que resultó una fuente significativa de actitudes hacia el TLC fueron los sentimientos negativos hacia inmigrantes. Quienes mostraban menos simpatía

hacia ellos tenían mucho mayores posibilidades de oponerse al TLC. Aunque los que lo apoyaban argumentaban que éste reduciría los niveles de inmigración ilegal mediante la creación de empleos en México, los que se oponían más a la inmigración se oponían al tratado.

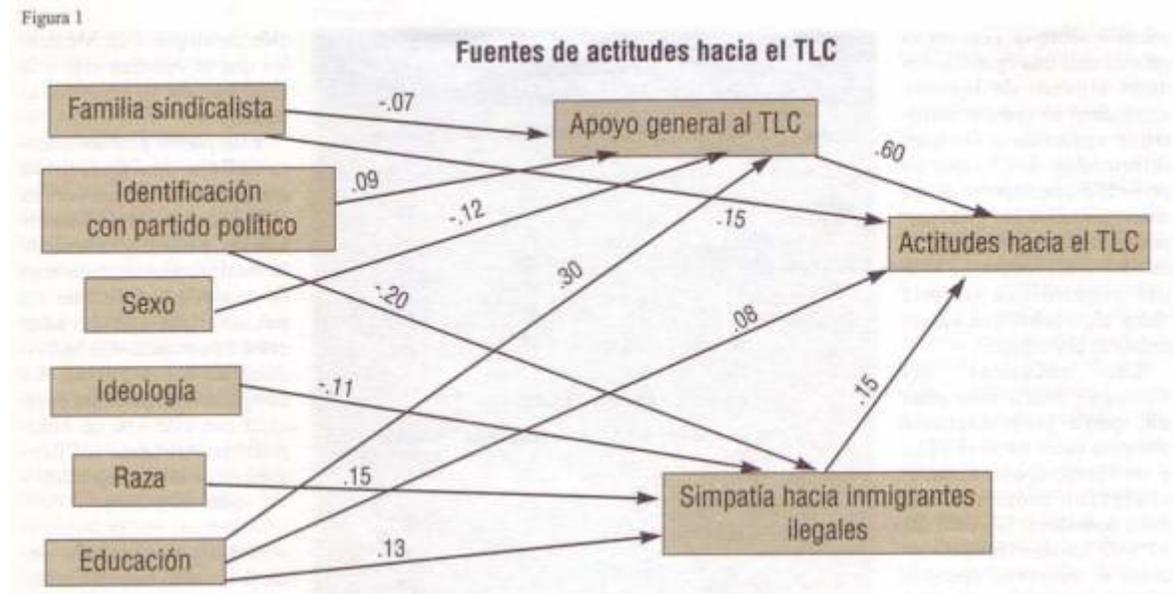
Este patrón probablemente refleja una xenofobia generalizada que es común en algunas partes de Estados Unidos. El TLC y el tema de la inmigración incrementan la posibilidad de que un nacionalista conservador entre en contacto con individuos de otros países. La campaña de Buchanan coincidía con este tipo de sentimientos, criticando así fuertemente a los inmigrantes y al comercio exterior.

Además, los individuos afiliados a movimientos sindicales tenían mayor tendencia a oponerse al tratado, aún manteniendo constantes sus actitudes hacia el libre comercio. Asimismo, los estadounidenses con mayores niveles educativos tendían a apoyarlo, así como los hispanos.

Las actitudes referentes al medio ambiente no tenían relación con el apoyo o la oposición al TLC—no variaban por región, sexo, partido político o ideología. Sin embargo, esto no quiere decir que estos factores son irrelevantes dentro del debate del TLC, ya que cada uno afecta las actitudes hacia el libre comercio, la inmigración ilegal o ambos, e indirectamente, las actitudes hacia el tratado.

La Figura 1 muestra las trayectorias causales de cada factor en la predicción de apoyo al TLC. Cada uno de los factores raza, sexo, afiliación política, ideología y membresía sindical tiene influencias indirectas sobre las actitudes hacia el TLC. Estos datos de la encuesta piloto NES de 1993 muestran que las actitudes hacia el libre comercio son mucho más importantes que las actitudes hacia los inmigrantes. Los datos del Chicago Council muestran un orden opuesto. La conclusión más segura es que ambas actitudes tienen un lugar importante en la influencia sobre el apoyo al TLC.

Figura 1. Fuentes de actitud hacia el TLC



Los datos del Chicago Council también muestran que las actitudes hacia México tienen un impacto independiente sobre el apoyo al TLC, pero que las actitudes hacia Canadá no lo tienen. La mayor parte de la oposición al tratado en Estados Unidos se ha concentrado en la pérdida de empleos hacia México pero no hacia Canadá: Ross Perot frecuentemente menciona el "gran sonido succionador" causado por el desplazamiento de empleos hacia México.

Conclusiones

En la política exterior de Estados Unidos, las élites políticas generalmente tienen una enorme latitud para negociar tratados y aún para emplear fuerza militar, ya que las actitudes públicas por lo general son débiles, basadas en poca información y fácilmente manipulables. La Guerra del Golfo es un buen ejemplo: las encuestas hechas unas horas antes de que comenzaran los bombardeos mostraban a un considerable sector que se oponía al inicio de la guerra, y las hechas algunas horas después del anuncio de las hostilidades mostraron un enorme apoyo.

Aunque México comparte una frontera común, pocos estadounidenses saben algo sobre el país o su sistema político. Por lo tanto, el público tiene una simpatía generalizada hacia México que impregna casi todos los segmentos de la población. No obstante, la población en general está considerablemente preocupada por la inmigración y la pérdida de empleos, así como por los temores esparcidos por la retórica de Buchanan y Perot, que se refleja en la aprobación de leyes como la reciente ley estatal que reduce las prestaciones públicas a los inmigrantes ilegales.

Las actitudes hacia el TLC generalmente tienen bases débiles y cuentan con poca información. El que una mayoría estrecha de individuos con opiniones apoya el tratado, da testimonio al poder de los líderes políticos para moldear la opinión pública. Cuando a Ford, Reagan, Carter, Bush y Clinton se les unieron Bob Dole, Newt Gingrich, Tom Foley y George Mitchell lo hicieron, muchos estadounidenses decidieron que seguramente era algo bueno. La coalición más ecléctica de Ralph Nader, Ross Perot y la coalición laboral AFLCIO y Sierra Club simplemente no tiene la legitimidad para confrontar aun grupo como el otro.

La opinión de las élites muestra mucho menos preocupación por temas como la inmigración y la pérdida de empleos, pero generalmente fuerte apoyo al libre comercio. Dada la ausencia de una gran serie de decisiones de traslados laborales para los desempleados en el área manufacturera, es esta opinión de las élites la que importa hoy, ya que forma la opinión pública sobre el tratado mismo. Sin embargo, el descontento económico en Estados Unidos en 1996 es profundo, y la creciente desigualdad en la distribución de los beneficios del crecimiento económico, hace probable el surgimiento de una mayor insatisfacción. Es esto más que cualquier otra cosa lo que le proporciona seguidores a figuras políticas como Buchanan y Perot.

Las actitudes hacia México se han mostrado excepcionalmente estables a través de los años y no es probable que se dé un cambio repentino en el futuro próximo. Pocos estadounidenses están conscientes de los escándalos políticos en México, y los que sí lo están se pueden ver desensibilizados por los de Estados Unidos. El desequilibrio comercial causado por la reciente recesión en México no ha sido percibido por muchos en las élites y por casi todo el público.

Es posible que el comercio internacional mexicano y el TLC se conviertan en temas de debate general electoral si Ross Perot o Patrick Buchanan deciden postularse como candidatos independientes. Sin embargo, la prensa está ya cansada de Perot y su popularidad ha declinado; por otro lado, la persistente crítica de Buchanan en las elecciones primarias republicanas lo hará pensar dos veces antes de montar una campaña electoral en la carrera general. Lo más probable es que Clinton y Dole, quienes apoyan el libre comercio, no traerán a la discusión el tema durante la campaña. Se concentrarán en discutir temas de carácter e ideología. Por lo tanto, parece probable que en el futuro próximo los estadounidenses mantendrán una simpatía general hacia México así como un apoyo débil al TLC.